

Prólogo

Hola, lector. Antes de que comiences a leer, me gustaría advertirte sobre algo...

Si lo que esperas de este libro es que sea agradable, que tenga una trama amigable y un final muy, muy feliz en el que sus personajes terminen comiendo perdices en mitad de una amplia pradera verde bañada por el sol, déjalo donde lo has encontrado y búscate otro; este no es tu libro... En estas páginas hallarás dolor, pena, miedo y sufrimiento. Este tomo narra una de las partes de un plan muy antiguo —la más importante de todas— que fue urdido hace miles de años por una arcaica criatura que lo concibió con la esperanza de salvar nuestro mundo de su prematuro final a manos de fuerzas sobrenaturales que llevan millones de años tratando de destruirlo.

La protagonista de esta historia, la pequeña Emily, termina envuelta en todo esto sin desearlo y sin poder remediarlo. De buenas a primeras su apacible vida en el pueblo de Gorate, su felicidad, se hace añicos, y se ve rodeada por terrores y peligros que jamás hubiera imaginado que llegasen a existir... Ahora que ya conoces parte de la trama, ahórrate el sufrimiento y cierra este libro. Búscate otro más agradable, por ejemplo, uno que narre las aventuras de un repartidor de comida a domicilio que sufre un accidente de tráfico en 2019, perdiendo el conocimiento, y cuando recupera la consciencia descubre que se encuentra en 1992...

Día uno de febrero

—¡Emily! —gritó una voz femenina, pero nadie respondió—. ¿Emily? —llamó de nuevo, y nuevamente obtuvo un silencio por parte de Emily. La pequeña de siete años de edad dormía plácidamente en su camita mullida y calentita.

Aquella mañana hacía mucho frío en Gorate, y la niña se había arrebujado tanto en sus mantas que más que una niña durmiendo parecía una oruga oculta en el interior de su crisálida; solo se veía algo de su cabello castaño salpicado por algunos mechones de pelo blanquecino. Una densa niebla lamía las ventanas de su dormitorio, y el viento las hacía temblar de vez en cuando.

Alba, la madre de la Emily, acababa de terminar de prepararle el desayuno: un suculento tazón de copos de chocolate con leche caliente la aguardaba sobre la mesa de la cocina. Eran las siete y media de la mañana del martes día uno de febrero de 1988 —tres días antes de que la niña se viese envuelta en la terrible aventura que marcaría para siempre su vida—, y la pequeña Emily debía levantarse cuanto antes para vestirse, acicalarse y desayunar. Y después tendría que caminar hasta la Puerta Sur de la muralla que rodeaba todo el pueblo de Gorate para esperar al autobús que la llevaría hasta la ciudad de Torreleones.

—¡Emilia Anaya Malsete! —gritó Alba una vez más desde la cocina, que se encontraba en la planta baja de la casa, en

la misma entrada; con la intención de ganar algo de espacio extra, en su momento reformaron la vieja casa de piedra en la que vivían y unieron la entrada con la cocina y la comunicaron con el salón mediante un amplio arco de piedra—. ¡Como tenga que subir a buscarte...

Alba no tuvo que terminar la frase. Emily abrió sus pequeños ojos almendrados de iris verdes con un toque de amarillo y rápidamente se liberó de las mantas que la envolvían.

—¡Ya estoy despierta, mamá! —gritó la pequeña—. Me visto y bajo, ¿vale? —añadió, temerosa de que su madre decidiera subir a buscarla. Alba era muy buena madre, y muy cariñosa, pero cuando se le agotaba la paciencia... daba autentico miedo.

—Son las siete y media. Tienes exactamente veinte minutos para prepararte, desayunar y marcharte... ya sabes que debes estar en la parada como mucho a las ocho y diez de la mañana, o perderás el bus y tu padre tendrá que volver desde Torreleones para llevarte a la escuela —espetó Alba, que ahora se encontraba al pie de las altas escaleras que daban acceso a la primera planta, donde se encontraba el dormitorio de Emily y el suyo.

La pequeña pateó las mantas y saltó de su cama, catapultando al mismo tiempo a Marie por los aires. Era su gatita, y una de sus dos mejores amigas en este mundo. Por suerte los gatos son ágiles y de reflejos rápidos y el animalito aterrizó de pie en su canastita de mimbre, sobre su mullido cojín

de plumas de pato. Emily había fabricado ambas cosas con sus propias manos para que su mascota tuviese su propia cama —era muy habilidosa, y contaba con algunos dones más que la hacían muy especial—. Aunque cuando su amiga humana dormía, la gatita prefería acompañarla, solo usaba la canasta cuando la niña no estaba en casa.

—¡Perdón, Marie! ¿Estás bien? —Como respuesta obtuvo un ronco y agudo maullido—. Menos mal... creía que te había lastimado. Échate en tu camita, que conforme desayune te subo un poco de leche caliente, ¿vale? —la gatita respondió con otro agudo maullido.

Habían pasado ya unos tres meses desde que Emily encontró a su amiguita. Aquel viernes de finales de noviembre de 1987 fue aún más frío que aquella mañana. La gatita había sido abandonada junto a sus dos hermanos en el interior de un viejo cubo de basura que se encontraba en uno de los callejones más oscuros y menos transitados del pueblo. Por culpa de un antiguo cuento de Gorate se lo conocía como el callejón del Coco, pero su verdadero nombre era: *el pasaje de Atrás*. Era una estrecha callejuela que en su día albergó a una quincena de vecinos, aunque para aquel entonces aquellas viejas casas de piedra gris con tejado de piedra pizarra, idénticas a la de Emily, ya estaban tapiadas. Llevaban algunas décadas en desuso, desde que sus moradores decidieran abandonarlas después de haber perdido a sus hijos o nietos en extrañas circunstancias; según contaban los

más supersticiosos del pueblo, algo que en Gorate abundaba, a los niños se los comió el Coco.

A causa del frío y del hambre los dos hermanitos de la gatita habían muerto cuando Emily llegó hasta el cubo, y a Marie no le faltaba demasiado para reunirse con ellos. Por suerte la pequeña escuchó el casi inaudible maullido de la gatita implorando auxilio y, aunque lo meditó bastante, porque aquella estrecha y sucia callejuela le daba mucho miedo, finalmente decidió internarse en ella y la rescató, aunque el frío y la humedad que el animalito tuvo que soportar afectaron a su pequeña garganta, dejándola perpetuamente afónica.

Aquello fue un pequeño milagro, porque además de estar afónica a la gatita apenas le quedaban fuerzas para maullar, pero ya sabes que Emily contaba con ciertos dones que la hacían especial, y ese era uno de ellos: un oído muy fino, tanto, que el zumbido de los mosquitos que en verano invadían su dormitorio la volvían loca; más que mosquitos parecían aviones sobrevolando la habitación. En un primer momento sus padres se negaron en rotundo a que se quedase con la gatita. Realmente fue su madre quien se negó: detestaba a los animales, especialmente a los gatos. Pero tras mucho suplicarlo y bajo la promesa de que Marie sería únicamente su responsabilidad, le permitieron adoptarla; aunque Alba siguió odiándola igualmente.

Conforme Marie se hizo una rosca en su canastita, la niña se calzó sus pantuflas rosas y corrió hasta el alto y robusto sifonier de madera negra —sí, lees bien, madera negra y no

pintada de negro— que ocupaba la esquina junto a la puerta del dormitorio, y de uno de sus cajones sacó un viejo cepillo de celdas duras y picudas con el que peinó su larga melena de pelo rizado. Era tan larga que le llegaba casi hasta las caderas. Cepillarse el pelo era algo que amaba y odiaba a partes iguales. Lo amaba porque adoraba que su madre se lo peinase y después se lo adornase con lazos, moños y florecillas. Y lo odiaba porque cada mañana despertaba con todo el cabello enmarañado y debía deshacer los nudos con el cepillo, y era algo bastante molesto.

—Ojalá mamá subiese a peinarme... cuando ella lo hace nunca me duele —se dijo al tiempo que luchaba contra un nudo—. Es como si hiciera magia; pasa el cepillo, y deshace todos estos molestos nudos sin que me entere—. La pequeña desvió la mirada hacia la esquina que se encontraba junto a la ventana del dormitorio, desde allí su querida abuela la observaba en silencio, esbozando una tierna sonrisa—. ¡Hola abuela! —La anciana anduvo hacia la niña y posó una arrugada mano sobre la cabecita de su nieta.

Durante unos segundos la observó fijamente con sus ojos de iris amarillos con un toque de verde; aunque sonreía, su mirada transmitía tristeza. Después se agachó y le dio un beso en la cabeza, y acto seguido se transparentó hasta que desapareció. Como ya te imaginarás, lo que la pequeña acababa de ver era el fantasma de María Malsete, su abuela materna.

—Jo... hoy la abuelita parece estar triste, Marie. Luego iré a visitarla al cementerio. —Aquel era otro de sus dones, uno

que compartía con su madre. En presencia de Alba no hacía alarde de poseerlo, pero su querida mamá era plenamente consciente de que ella también era capaz de ver a los ecos de los difuntos recientes y a los espíritus que poblaban el pueblo de Gorate. Desde que descubrió que su hija poseía ese don le prohibió hablarle a la gente sobre ello, incluso a su padre.

Cuando terminó de luchar contra su encrespada melena, Emily corrió hasta el ropero que se encontraba en la otra esquina del dormitorio, junto a la ventana. Con solo mirarlas, abrió ambas puertas —otro de sus dones, aunque este solo funcionaba de vez en cuando—, y comenzó a buscar su vestido favorito y unos calcetines largos de lana del mismo color que su vestido: gris.

—¡Emily! —gritó Alba desde la plata baja—. ¿Cuánto te falta? Al final tendré que llamar a tu padre al *Busca* para que venga a por ti... —Ya eran las ocho menos veinte. En diez minutos debía vestirse, desayunar y encaminarse a la Puerta Sur. *«Y ahora una pequeña aclaración... Por si lo desconocías, lector, un Busca era uno de aquellos aparatitos negros capaces de recibir mensajes de texto que la gente usó hasta la década de los noventa para estar localizable. También se los conocía como Beeper»*

Por suerte Emily no tardó en dar con el vestido. Era el único regalo que su querida abuela materna pudo hacerle antes de fallecer. Lo confeccionó cuando la niña solo tenía un año de vida, y aun así fue capaz de ajustarlo a las medidas que tendría a

los siete años. Era un vestido corto de gasa teñido en color gris oscuro y adornado con cientos de *verbenas rojas* que su querida abuela había bordado a mano. Aquel fino vestido no era el atuendo más adecuado para los meses de invierno de Gorate, pero la niña se empeñaba en usarlo siempre que lo encontraba en su ropero, a pesar de que solía pasar bastante frío.

—¡Ya estoy vestida! —gritó al tiempo que se ponía el vestido—. ¡Bajo ya! —gritó conforme se ponía los calcetines y se calzaba unas manolequinas negras de piel que la aguardaban junto a la puerta de la habitación.

La pequeña miró la hora en el viejo despertador mecánico que reposaba sobre su robusta mesilla de noche de madera negra; eran las ocho menos cuarto. Tenía exactamente cinco minutos para devorar el desayuno y después tendría que correr como una bala para no perder el autobús, que partía hacia Torreleones a las ocho y diez de la mañana. Aquel ruidoso reloj era una verdadera reliquia familiar, primero perteneció a su abuelo paterno, quien había construido la casa en la que vivían ella y sus padres, después perteneció a Tomás, su padre, después, a Andrés, su hermano mayor —sí, Emily tenía un hermano mayor sobre el que de momento no voy a hablarte—, y por último lo había heredado ella.

Tanto el dormitorio como algunos de sus muebles habían pasado también por las manos de su abuelo y de su padre; el reloj, parte de la cama y el armario, los muebles de madera negra eran una herencia por parte de madre y solo ella y su hermano los

habían usado. Aquella era una madera muy, muy especial y realmente rara, además de difícil y peligrosa de conseguir. Los Malsete eran especialistas en tallarla hasta que obtenían muebles robustos y brillantes que eran muy codiciados por según qué tipo de personas, normalmente bastante extrañas y que poseían dones similares a los de Emily.

La niña salió de su habitación y giró la esquina que había junto a su puerta, y, casi volando, bajó las altas escaleras que conducían a la planta baja. Luego corrió a través de un largo pasillo cuyas paredes estaban repletas de viejos retratos familiares —en la pared de la izquierda retratos de los Malsete, y en la pared de la derecha retratos de los Anaya—, entre ellos uno de sus abuelos maternos y uno de su hermano Andrés. Aunque sabía que iba con el tiempo justo, se detuvo a saludarlos.

—¡Buenos días, abuelitos! —Le dio un beso al retrato—.
¡Buenos días, hermanito! —También le dio un beso.

—Mi pobre pequeña... cuánta falta te hace tu hermano —susurró Alba, que la observaba desde el arco que comunicaba la cocina con el salón. Una imagen de su hijo irrumpió en su memoria. Emily y él eran casi idénticos: largas melenas de cabello castaño rizado con mechones de pelo blanquecino, ojos grandes de iris verdes con toques de amarillo, e igual de delgados—. Nunca debí haber permitido que el Doctor Wells te internase en aquella maldita clínica... ¿Cuándo podremos verte de nuevo? Tu hermana ni siquiera te conoce en persona. —

Estaba tan ensimismada pensando en su hijo que no había notado que Emily acababa de pasarle por al lado.

La pequeña estaba sentada en una de las sillas que rodeaban la antigua y ajada mesa de la. Devoraba la leche con copos de chocolate como si no hubiese un mañana; sí que había un mañana, pero eran ya las ocho menos ocho minutos y debía terminarse el desayuno cuanto antes para correr hacia la parada del bus, que por suerte no estaba demasiado lejos del *Barrio del Codillo*, donde se encontraba su pequeña casita de piedra gris con tejado negro de pizarra.

—Toma —dijo Alba, dándole a Emily un bonobús—. Y ten cuidado, no vayas a perderlo como hiciste con el otro... —La miraba fijamente con sus ojos almendrados, uno completamente verde y el otro totalmente amarillo; el ojo verde le dedicaba a la niña una mirada cariñosa y tierna, el otro, una mirada fría y cortante.

—Lo guardaré en la mochila en cuanto lo pique... ¡Anda, si no llevas puestas tus lentillas! —gritó la niña, asombrada al ver los ojos de su madre—. ¡Me encantan tus ojos!

Por culpa de los habitantes de Gorate, en su mayoría devotos religiosos rematadamente supersticiosos, normalmente Alba los ocultaba. Antes de que las lentillas de colores se inventasen oficialmente, solía usar gafas de sol. Digo antes de que se inventasen oficialmente porque otra de las habilidades de la familia Malsete era la de elaborar lentillas de múltiples colores. Eran algo bastante codiciado en Gorate por según qué

personas, que, al igual que en el caso de los muebles de madera negra, solían ser poco comunes y con dones extraños. Aunque a pesar de que su familia las fabricaba en casa, Alba ella se negaba a usarlas; prefería las gafas, eran “normales y corrientes” y no “algo raro”.

Alba giró la cara, ocultando sus ojos.

—Sí, son muy bonitos. Y por eso los oculto, para que nadie los vea —espetó mirando hacia la ventana de la cocina. Solo se los mostraba a su esposo. El hombre creía que era una mutación heredada de su madre, porque María los tenía casi completamente amarillos. Desconocía cuál era la verdad detrás de aquellos ojos—. Y ahora, coge el bonobús y márchate, o llegarás tarde. No quiero tener que llamar a papá, que después le dan las tantas y tiene que almorzar allí... y no estamos para gastos tontos.

La mujer se agachó y besó a su hija en la frente. La niña le dio un beso en la mejilla y la abrazó con fuerza. Y entonces salió de casa corriendo como una bala. Aunque enseguida volvió a entrar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alba.

—¡¿Puedes subirle un poco de leche a Marie!?

—¿No puede esperarse hasta que regreses? —le preguntó de mala gana; ya sabes que la detestaba.

—Es que se lo prometí... y no quiero dejarla esperando. Pero ya es tarde, y si subo no voy a llegar al bus...

—Está bien. Ahora se la subo —respondió, hastiada—.
¡Márchate ya!

—¡Sí! —gritó Emily—. ¡Gracias, mami!

Y finalmente la pequeña salió de casa y enfiló la *calle de la Desgana*, que la llevaría hasta la Puerta Sur. Aunque tuvo que volver a casa una vez más... ¡Se había olvidado la mochila de la escuela! Por suerte, como Alba ya lo intuía, cuando Emily llegó de nuevo hasta la puerta ella ya la esperaba con la mochila en la mano.

—¡Gracias mami! —Cogió la mochila y salió corriendo de nuevo.

—Igualita que su hermano en todo... —dijo Alba observando como su hija se le perdía de vista—. Tengo que jubilar esa mochila... está echa polvo. Y sí, ya sé que la hiciste con toda tu buena intención, pero es que está echa una pena, mamá —le espetó al espectro de su madre, que también observaba a Emily.

Aquella vieja y ajada mochila fue el último regalo que María Malsete pudo hacerle a su nieto Andrés antes de fallecer. Y desde que su hermano fue internado y ella tuvo uso de razón, Emily se adueñó de ella; así podía usar cada día dos regalos de su querida abuelita.

I

La niebla se había disipado y el sol ya brillaba alto en el cielo. Con su cálida luz bañaba las frías, pedregosas y antiguas calles de Gorate. Un abundante manto de rocío cubría aún los tejados de piedra pizarra de aquellas viejas casas. Lentamente comenzó a escurrirse por aquellos tejados negros, formando pequeños riachuelos que goteaban en los antiguos canalones de chapa que había anclados a las paredes de piedra gris de los edificios; en su interior formaban de nuevo un pequeño río que desembocaba en los antiguos bajantes de barro, también anclados a las paredes, y finalmente terminaban formando charcos en las antiguas aceras de adoquines grises. Sí, todo en aquel pueblo era antiguo, muy antiguo... y gris. Tres misteriosas familias conocidas por los apellidos Tofone, Telmasé y Lesselt y los habitantes de *Alderete*, una pequeña aldea que hoy en día ya no existe, lo fundaron en el año 1600 de nuestra era.

Emily dobló la esquina de una de aquellas antiguas y encharcadas calles, saltó sobre uno de los charcos y continuó corriendo calle abajo. A pesar de que había saltado con todas sus fuerzas para rebasar el charco, uno de sus pequeños pies, el izquierdo, aterrizó en él, y su manoletina acabó inundada y su calcetín empapado.

—¡Jo! Ahora voy a estar todo el día con el pie mojado... ¡Odio estas viejas calles llenas de charcos! —exclamó, y siguió corriendo—. Tendré que pedirle a Alicia que lo me seque...

Hasta donde alcanzaba la vista de la pequeña, todo eran calles de adoquines, tanto las aceras como la calzada, pequeños adoquines rectangulares hechos de piedra gris. En su gran mayoría estaban ya muy desgastados por el paso del tiempo, y en muchos otros casos ni siquiera existían, provocando que por aquí y por allá hubiese bastantes socavones que no eran demasiado grandes, aunque para los pequeños pies de Emily eran enormes. Cuando accidentalmente metía el pie en alguno de ellos se hacía mucho daño.

Ella no los vio, pero dos hombres la observaban detenidamente. Ambos estaban de pie sobre el tejado de una de las casas cercanas. Uno de ellos parecía rondar la treintena; vestía con un traje morado de seda, y debajo de la chaqueta llevaba una camisa negra con una corbata de un rojo muy intenso. El otro aparentaba algunos años menos; un grueso y largo abrigo de algodón negro le cubría el cuerpo desde la mitad del rostro hasta los pies, y observaba a la pequeña a través de unas antiguas gafas de sol con los cristales redondos y muy negros. El hombre del traje era el responsable de urdir el plan que salvaría nuestro mundo, el otro... se puede decir que era su ayudante.

—Y ahí va... —espetó el hombre del traje de seda. Miraba a la niña fijamente con unos ojos tan azules como zafiros al tiempo que esbozaba una sonrisa tan amplia que deformaba la perilla de candado que adornaba su rostro; una prominente dentadura de dientes picudos y a filados quedaba a la vista. Sacó

un peine de uno de los bolsillos de su chaqueta y repeinó un poco más su ya repeinado y brillante cabello negro, corto y liso.

—¿Estamos seguros de que es ella? —preguntó el otro. Una corriente de aire hizo ondear su melena de cabello negro salpicada por algunas canas.

—Su hermano resultó ser el primero de los tres Sustitutos. El único niño de Gorate que sobrevivió a *Ella*... —dijo el primero—. Los Malsete son el linaje más puro de entre todos los mestizos engendrados por los Fundadores, así que es bastante probable que sea ella a quien buscamos... Es algo que vamos a averiguar dentro de un rato, mi querido Joseph.

—Suerte que la pantomima de la virgen y los milagros funcionó y pudimos crear este pueblo... si no, nuestra búsqueda hubiera resultado bastante dificultosa.

—Sí... ya sabes, humanos, son demasiado fáciles de manipular. Basta un poco de magia de la más básica y ¡sorpresa! Se lo han creído todo...

¿Milagros? ¿Pantomima? ¿Virgen? Te lo explico. Resulta que Gorate había sido fundado gracias a dos milagros. Así figuraba en los libros de historia del pueblo, redactados por los Lesselt. Uno de ellos tuvo lugar el día tres de febrero del año 1600, el otro, el día cuatro de febrero del mismo año. El primero de los milagros fue narrado en exclusiva por un pastor que era originario de *Alderete*. Aquel día, el hombre guiaba a su rebaño de cabras a través de los terrenos cercanos a la alta colina sobre la que meses después comenzó a erigirse el pueblo, conocida en

aquel entonces como *colina Torre Torcida*. Y cuando decidió sentarse a la sombra de una alta encina para tomar un bocado y saciar la sed, presenció la repentina aparición de una misteriosa mujer que se hizo visible luego de que un fognazo de luz rojiza inundase momentáneamente el lugar, cegando al pastor durante unos segundos.

Guiándose por la descripción de aquel pobre hombre se sabe que la piel de aquella mujer era tan blanca como la leche, su cabello era largo, muy largo, negro y muy brillante; sus ojos eran igual de negros que su pelo, aunque a diferencia de éste carecían de brillo, es más, ni siquiera reflejaban la luz del sol, y en ese momento les daba de frente, de ellos brotaban dos sendos ríos de lágrimas de sangre. Según explicó el hombre, la mujer apareció sobre una enorme roca de mármol blanco a medio enterrar en mitad del campo, y conforme lo vio le transmitió un mensaje.

Se supone que le dijo: —«*Hijo mío, estás en presencia de la madre de Dios. He descendido de los cielos para transmitirte la voluntad del Creador*»—. Aunque no hay un registro fiable sobre aquello, todo son teorías y suposiciones. En aquellos tiempos las personas eran bastante supersticiosas y fáciles de engañar, y no te puedes fiar a la ligera de lo que contaban. Se tiene constancia de que la Virgen le transmitió al hombre un segundo mensaje antes de desaparecer. Podrás leerlo en un momento. Lo siguiente que ocurrió es que conforme la Virgen desapareció el pastor echó a correr hacia su aldea,

abandonando allí a su rebaño, solo para contarle aquello a sus vecinos.

La historia del segundo milagro es algo más creíble que la del primero, porque éste fue presenciado por varias personas más, todas ellas vecinas del pastor. Algunas horas después de haber visto a la virgen, el hombre condujo a algunos de sus vecinos hasta aquella enorme roca de mármol, y todos ellos vieron que sobre ella habían quedado grabadas las huellas de unos pies descalzos que parecían ser humanos, aunque no había rastro de la supuesta virgen. Y al día siguiente, al caer la noche, acudieron nuevamente hasta donde se encontraba la piedra, esta vez en compañía del alcalde y del párroco de Alderete, para que dos altas autoridades diesen fe de que las huellas grabadas en la piedra eran reales.

Y ambos dieron fe... sin duda alguna aquellas eran las huellas de unos pies humanos, y por su reducido tamaño debían pertenecer a los pies de una mujer. Y también dieron fe del segundo milagro, porque conforme el alcalde, el párroco y los vecinos rodearon la piedra al tiempo que el pastor narraba por enésima vez su visión del día anterior, el cielo sobre la *Colina* se hendió como si alguien lo hubiera cortado con un cuchillo y una luz rojiza comenzó a manar de la brecha. Aquella raja en el cielo dio paso a la apertura de un agujero que mostraba un cielo que no era el mismo que tenían sobre sus cabezas. En aquel momento eran las doce en punto de la noche, y el cielo que veían a través del agujero también era un cielo nocturno, pero estaba poblado

por estrellas que nadie conocía, algunas enormes y centelleantes, otras pequeñas y a punto de apagarse; junto a ellas brillaba con fuerza una luna tan roja como la sangre... la fuente de aquella luz rojiza.

En un primer momento tanto el pastor como sus convecinos quedaron horrorizados ante la visión de aquel extraño cielo y del misterioso astro.

—¡Esto es cosa de brujería! —clamaron algunos de ellos y el alcalde—. ¡Es el fin del mundo! —clamó el párroco; ya sabes, los religiosos y su costumbre de asociarlo todo al fin del mundo—. ¡Es un milagro fruto de la gracia de la Virgen! — clamaron a la vez seis misteriosas personas que segundos antes no estaban allí, todo esto mirando fijamente a los ojos de todos los presentes, que enseguida quedaron convencidos de que todo aquello se trataba de un milagro obrado por la misteriosa virgen que el día anterior se había manifestado ante el pastor.

Aquello validó el testimonio del hombre, y, conforme una de aquellas extrañas personas clavó sus ojos en los del pastor, el hombre transmitió el que según él era el segundo mensaje de la virgen: *«Tú y tus vecinos erigiréis un templo en mi honor en la cima de aquella colina. Y a sus pies construiréis un pueblo en el que mis fieles vivirán felices y en paz»*. Desde ese mismo momento la misteriosa virgen fue bautizada como *Nuestra señora de las Lágrimas de Sangre*. A la extraña luna, que desapareció junto al cielo en el que brillaba minutos después de que aquellas personas presenciasen su aparición, la bautizaron

como *la Luna Roja*. Y aquel grupo de seis personas, tres hombres y tres mujeres, que al parecer debían ser parientes entre sí, guiaron a los aldeanos y les prestaron apoyo económico para comenzar a construir el pueblo, al que nombraron Gorate.

Digo que estas personas debían ser parientes porque cada pareja de hombre y mujer compartía rasgos muy similares entre sí. Dos de ellos eran de tez tan pálida como la de la virgen descrita por el pastor, con la misma melena negra, larga y brillante y con los mismos ojos negros y sin brillo; vestían de negro de los pies a la cabeza, con ropas de muy buena calidad. Otros dos tenían una coloración de piel común y corriente, pero sus ojos eran amarillos y de pupilas verticales, similares a los ojos de los felinos, y su cabello era blanco como la nieve; estos vestían tal y como lo hiciera la nobleza por aquel entonces. Los otros dos eran bajitos y regordetes, el hombre estaba calvo en la parte superior de la cabeza, aunque de la nuca le brotaba una larga melena de pelo castaño, y ambos tenían los ojos azul eléctrico, y las pupilas ligeramente rectangulares, similares a las de los ojos de las cabras; estos dos vestían de forma desaliñada.

Los primeros eran los Tofone, los segundos los Telmasé y los terceros los Lesselt. Memorízate estos apellidos porque leerás mucho sobre ellos.

Guiados por los conocimientos de estas tres familias — todos ellos ostentaban diferentes dones, a cada cual más raro, aunque los aldeanos parecían no percatarse de ello—, los habitantes de *Alderete* levantaron en la cima de la colina el

primer edificio del pueblo: el *Convento de Nuestra señora de las lágrimas de Sangre*, y llevaron hasta allí la gran roca de mármol para rendirle culto. Y después, siguiendo los deseos de la supuesta virgen, fueron construyendo el resto del pueblo.

La *colina Torre Torcida* era ancha en su base e iba estrechándose hasta terminar en una cima ligeramente plana; parecía una inmensa galleta de cucurucho helado que alguien hubiera dejado allí, tirada del revés en mitad de aquellos campos. Las calles y las casas del pueblo descendían por la colina como si fuesen cientos de hormigas trepando la galleta. Todo, tanto edificios, como calles y calzadas fueron construidos usando pequeñas piedras grises talladas de forma rectangular. Se dice que las piedras habían sido extraídas de la base de la Colina, y sí, provenían de ahí, pero no de una cantera, formaban parte de algo bastante antiguo... sobre lo que no voy a hablarte ahora mismo.

Siglos después Emily corría por aquellas mismas calles lo más rápido que sus pequeñas y delgadas piernas le permitían. Ya eran las ocho y dos minutos de la mañana; era tarde, aunque aún había alguna esperanza de llegar a tiempo a la parada. Por suerte, el *Barrio del Codillo* se encontraba bastante cerca de la gruesa y alta muralla que los seis Fundadores de Gorate erigieron para proteger el pueblo de posibles amenazas, y Emily solo debía enfrentarse al último tramo de una calle conocida como *calle de la Agonía*, una calle muy, muy empinada que conectaba el centro del pueblo, la *Plaza Central*, con la *Puerta Sur*, que es a donde ella se dirigía.

—Espero que Alicia haga de las suyas... o mamá se va a enfadar mucho conmigo —dijo al tiempo que apretaba el paso.

En Gorate existían dos puertas más y de mucho más fácil acceso que aquella: la Puerta Este, que colindaba con *El Bosque de los Lamentos*, y la Puerta Oeste, que conducía directamente al *Estanque del Llanto Eterno*. A ambas se llegaba bajando pequeñas rampas y escaleras que se encontraban en mucho mejor estado que la *calle de la Agonía*, pero la única parada de autobús que había en todo Gorate se encontraba junto a la Puerta Sur, así que no le quedaba otra que continuar por ese camino.

En un momento dado la niña se vio obligada a esquivar a una “manada” de ancianos que, sin ninguna consideración por su parte, ocupaban casi toda la calle al caminar dispersos. Ascendían con dificultad aquella tortuosa calle para llegar a la *Plaza Central*. Seguramente se dirigían a la *Iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas de sangre* para asistir a la misa matutina. La Iglesia había sido construida en el año 1700, y por aquel entonces era el lugar de reposo en de la Roca de la Virgen; la piedra de mármol sobre la que había aparecido la Virgen, la Talla de la Virgen; una talla de madera del tamaño de una persona adulta que representaba a la Virgen de las Lágrimas, y también de la reliquia más valiosa de Gorate: el Orbe de la Virgen; una esfera de cristal rojo escarlata del mismo diámetro de un balón de fútbol, que, según se contaba, había sido creado por la Señora de las Lágrimas como premio por haber erigido el pueblo según sus deseos.

Algunos de los ancianos miraban a Emily con el rostro compungido por la pena. La pequeña ostentaba el título de “*la única niña pequeña del pueblo*”, otra de sus peculiaridades. Otros tantos la miraban con cierta inquina debido a su ascendencia... los Malsete formaban parte del privilegiado club de familias apestadas del pueblo, que en su mayoría eran odiadas por “*hacer cosas raras*”. Ya te dije que los habitantes de Gorate eran muy supersticiosos, y tanto los Malsete como otras tantas familias, además de las seis familias fundadoras, fueron acusados en su día —un siglo después de haber construido el pueblo— de comportamientos inusuales y, por ende, fueron repudiados por la mayoría de los vecinos.

—Es la nieta de María Malsete... —espetó uno de ellos mirando a Emily con el ceño fruncido. Escupió al suelo—. Maldita bruja adoradora del diablo... —Aquella palabra, «bruja», solía estar siempre en boca de los vecinos de Gorate cuando se cruzaban con ella o con Alba. Emily no entendía por qué las llamaban brujas cuando tanto ellas como su abuelita, cuando aún vivía, solo eran personas comunes y corrientes. Tampoco le daba demasiada importancia, estaba ya acostumbrada a aquella manida cantinela.

La niña les deseó buenos días a todos cuando consiguió esquivarlos, incluso al que había llamado bruja a su abuela. Pensó en no hacerlo, quiso pasarles de largo sin decirles nada, pero Alba siempre insistía en que una niña debía tener buenos modales. Y si mamá se enteraba de que no les había dado los

buenos días a aquellos ancianos se enfadaría con ella, y probablemente la castigaría.

La pequeña ojeó de nuevo su reloj de pulsera y vio que eran las ocho y diez; si no se daba prisa y llegaba ya a la parada, perdería el bus y su padre tendría que volver desde Torreleones hasta Gorate para recogerla, y el resultado de todo aquello sería un castigo por parte de su madre. Es posible que te preguntes el motivo que llevaba a Emily a ir a Torreleones a esa hora; la respuesta es sencilla: estudiaba allí, al igual que Alicia, su otra mejor amiga en el mundo.

Por aquel entonces el colegio de Gorate estaba cerrado, y esto no era debido a que el edificio se encontrase en malas condiciones o porque faltasen profesores; la razón de que estuviese cerrado era que en el pueblo no había niños, ni de la edad de Emily ni menores o mayores, solo algunos adolescentes. En otros tiempos hubo niños, sí, pero ya no. Según decía el conocido como el *Niño loco de Gorate*, todos ellos desaparecieron de un día para otro el día cuatro de febrero de 1983, el día de la Fiesta de la Luna Roja, día en el que se conmemora la fundación del pueblo. Pero por más que el pobre niño repitió su historia, nadie en todo Gorate fue capaz de recordar a los supuestos niños desaparecidos.

Emily se conocía aquella historia de memoria... el Niño loco era su hermano Andrés, y desde aquel entonces permanecía internado en el *Centro Lesselt para Enfermedades Mentales*, la clínica de salud mental de Gorate y Torreleones, ubicada cerca

del centro de la ciudad. Para albergar la clínica aprovecharon lo que en otros tiempos fue conocido como la *Prisión Lesselt*, construida en el año 1780 por la familia Lesselt, para darle un uso provechoso a aquel edificio tan antiguo.

—¡Las ocho y cuarto! —gritó la niña al ojear su reloj de pulsera.

La pequeña enfiló el último trozo de la *calle de la Agonía*. Desde allí veía ya la gruesa y alta muralla que rodeaba el pueblo, y la Puerta Sur, que tenía el rastrillo a medio subir. De día normalmente los rastrillos de las tres puertas siempre estaban alzados, solo se bajaban de noche. Pero días atrás el de aquella puerta se atascó y de momento nadie lo había reparado. Al pasar bajo el rastrillo Emily vio que el autobús que debía llevarla hasta la ciudad seguía en la parada, con el motor apagado. Sin duda Alicia había hecho de las suyas para evitar que castigasen a su mejor amiga.

El conductor parecía bastante enfadado. Trataba de poner en marcha el motor, pero no había manera, no arrancaba. Las conexiones de la batería llegaban sin interrupción hasta el alternador, que giraba sin problema, el depósito estaba hasta arriba de gasoil, pero el motor no reaccionaba.

—¡Maldita sea mi suerte! —gritó el conductor—. ¡Pero si esta mañana arrancabas bien, cojones! —espetó, y dejó escapar algunos improperios más.

Alicia estaba sentada en la parada, cubriéndose del sol con un parasol negro, mirando el autobús fijamente con sus ojos negros y sin brillo.

—¡Alicia, buenos días! —gritó Emily al llegar hasta ella. Le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y le susurró—: Gracias por parar el bus... —Alicia sonrió.

—No hay de que, mi querida Emily. No iba a permitir que te quedases en tierra. —La pálida chica desvió la mirada hacia los pies de la niña y vio que el izquierdo estaba empapado—. *Icamao* —susurró, y del zapato brotó algo de vapor.

—¡Gracias, Alicia! —gritó Emily, pero su amiga se llevó un dedo a los labios y ella enseguida guardó silencio. Si sus compañeros de colegio e instituto veían a Alicia “*usando sus dones*”, ambas tendrían problemas.

Alicia Garza Tofone, así se llamaba la segunda mejor amiga de la pequeña Emily. Era la nieta de Eclipsa y Olivier Tofone, los últimos descendientes vivos de dos de los seis Fundadores originales —eso se decía, eso se contaba. ¿Era la verdad? Ya lo averiguarás—. Solo quedaban ellos dos, los últimos descendientes de los Telmasé y de los Lesselt habían muerto hacía ya bastante tiempo, concretamente en 1895 los primeros, y los segundos, en 1897. La tez de la muchacha era tan pálida como la de la Virgen, su melena era igual de negra, larga y brillante. Iba vestida con un conjunto bastante sombrío: un jersey negro de cuello alto, una falda negra que le cubría las rodillas, y

calzaba unas aparatosas botas militares de media caña bajo las que llevaba unas medias a rallas blancas y negras.

Alicia se puso en pie y, asegurándose de que nadie la miraba, guardó su parasol de un metro veinte de lago en la minúscula mochila negra de piel en la que llevaba sus enseres escolares: un puñado de bolígrafos y un par de cuadernos. Sus dones hacían aquello posible, y muchas otras cosas más. A Alicia también solían llamarla bruja, y a sus abuelos.

Ambas se acercaron al autobús y subieron a bordo sonriéndole al chófer.

—¿Adónde vais? El autobús no arranca, niñas —espetó el hombre de mala manera—. ¡Bajaos todos! Hoy os vais a librar de ir a la escuela... —Los adolescentes y los niños que había a bordo comenzaron a vitorear al conductor.

—¿Podrías tratar de arrancarlo una vez más, porfa? —suplicó Emily dedicándole una cálida sonrisa al hombre.

—Bueno... tampoco perdemos nada por intentarlo una última vez —dijo el hombre encogiéndose de hombros. Giró de nuevo la llave del contacto y, como si de un león se tratase, el motor rugió con fuerza—. ¡Vaya, se ha arreglado solo! —le gritó a nadie en particular—. ¡Niños, sentaos, que nos vamos! —bramó aspaventando los brazos, y los pasajeros del autobús dejaron de vitorear y, apesadumbrados, tomaron asiento.

Alicia y Emily caminaron hacia la parte trasera del bus, que era donde se sentaban los chicos menos populares del colegio y del instituto. Nadie quería ser amigo de Emily porque

era la hermana del Niño Loco. Y nadie quería ser amigo de Alicia porque era una Tofone, y a unos les inspiraba miedo y otros, guiados por sus supersticiosos padres, la odiaban. Pero a ambas les daba completamente igual. Se tenían la una a la otra y eso era todo lo que les importaba. Era todo lo que necesitaban para ser felices.

El conductor metió la primera marcha y el autobús salió disparado; era tarde, demasiado tarde, y aunque en Gorate solo debía recoger a Emily y a algunos cuantos adolescentes, Alicia entre ellos, aún debía recoger a varios niños y adolescentes más de camino a Torreleones. El hombre enfiló la única carretera que conectaba la ciudad con el pueblo, atravesando parte del *Bosque de los Lamentos*.

Los misteriosos hombres que observaban a Emily cuando corría por las calles de Gorate estaban ahora de pie sobre la muralla que rodeaba al pueblo.

—La nieta de los Tofone... —espetó el que iba vestido con traje de seda.

—Sí... la portadora del *Colgante Araña* —espetó el del abrigo largo y grueso.

—Correcto, mi estimado Joseph. Su querida mamá murió al no soportar el peso de alma que se oculta en el interior de esa baratija... Y ahora su hijita lo lleva al cuello, oculto bajo su funesta ropa —replicó el del traje morado—. En esta ocasión nuestra labor va a ser bastante sencilla...

—Parece ser que sí.

II

Antes de internarse en el tramo de carretera que discurría por el *Bosque de los Lamentos*, un lugar temido y odiado por la mayoría de habitantes de Gorate y Torreleones y amado por otros tantos, el autobús pasó cerca de otro lugar que también era bastante repudiado: la *Mansión Telmasé*. Aquella enorme mansión de estilo neoclásico fue erigida en el año 1750 por los autoproclamados Marqueses de Telmasé, ciento cincuenta años después de la fundación de Gorate, y durante casi otro siglo y medio fue el hogar de aquella acaudalada familia, responsable casi en exclusiva de aportar los fondos necesarios para la construcción del pueblo.

Llegado el año 1895 sus últimos integrantes fallecieron. Fueron brutalmente asesinados mientras dormían, y nunca se supo quién fue el responsable. Tampoco es que las autoridades de Gorate y Torreleones se desviviesen mucho investigando aquello... por aquel entonces hacía bastante tiempo que las seis familias fundadoras habían sido tachadas de indeseables, y dichas autoridades miraron para otro lado y tapiaron el portón de acceso y las ventanas de la planta baja para evitar que los niños del pueblo se adentrasen en aquel misterioso lugar.

—Me encanta la Mansión... —susurró Emily. Era mejor que nadie la escuchase—. Algún día me gustaría visitarla.

—Hay fantasmas ahí, Emily —le dijo Alicia, y le dedicó una cálida sonrisa.

—Ya, y por eso quiero visitarla —susurró—. Me encantaría conocer a los espíritus de los últimos Telmasé. —Por descuido aquello último lo dijo en voz alta, y llamó la atención de Fabián, uno de sus vecinos adolescentes del pueblo, el que más disfrutaba martirizándolas a ella y a Alicia.

El chico, de brillante cabello rubio y ojos azules como el mar, se levantó de su asiento y caminó hacia ellas; era alto e intimidante, y caminaba con aire chulesco, esbozando una sonrisa burlona que dejaba a la vista sus dientes blancos y perfectos. De cintura para arriba iba enfundado en una chupa de cuero negro muy brillante bajo la que llevaba una camiseta naranja chillón con la efigie grabada en blanco de un musculoso pato malhumorado que sostenía una caja de pizza. Era parte del uniforme de *Duck Pizza*, una pizzería de Torreleones. Y llevaba puestos unos vaqueros de pitillo bastante ceñidos que se perdían en el interior de unas botas militares idénticas a las de Alicia.

Dos de sus “súbditos”, dos chicos corpulentos que también usaban chaquetas de cuero, quisieron seguirlo, pero él les indicó que permanecieran sentados. Si se levantaban los tres a la vez y el conductor se percataba, detendría el autobús hasta que se sentasen de nuevo, aunque ello supusiera un retraso en el recorrido, y después daría parte al director.

—¡Hola, mis queridas amigas! —espetó conforme llegó hasta ellas. Se dejó caer en los dos asientos que había delante de las niñas, se apoyó contra la ventanilla y las miró fijamente—. La hermana del *Niño loco* y Alicia, la bruja...

—Fabián, haz el favor de dejarnos en paz... —le dijo Alicia en tono cortante; lo observaba fijamente con sus ojos sin brillo.

—Sí, porfa, déjanos tranquilas... —rogó Emily con cierta congoja. El muchacho pareció escandalizarse, como si lo estuviesen acusando de hacer algo malo.

—¿Dejaros en paz?, ¿es que acaso os he molestado, amigas? Solo he venido a sentarme a vuestro lado, cosa que nadie suele hacer, para que los tres podamos charlar de esas cosas tan interesantes que cuchicheáis entre vosotras... como eso de visitar la Mansión Telmasé para ver fantasmas. —Los chicos que había sentados a espaldas de Fabián comenzaron a reírse y a cuchichear mirando de reojo a Emily y a Alicia—. ¿Qué haréis después de visitar ese escombros enorme, iréis al cementerio del pueblo para buscar más fantasmas? He oído que os encanta pasear a solas por allí.

Fabián miró hacia atrás e hizo ademanes con la cabeza, y los mismos chicos a los que antes había ordenado permanecer sentados de inmediato se pusieron en pie y caminaron hacia aquella parte del bus.

—Venid muy despacio y sin armar jaleo. —Desvió la mirada hacia el conductor y comprobó que el hombre estaba ensimismado con la carretera; aquella parte del camino era peligrosa y no podía distraerse. Los chicos caminaban tranquilamente, ambos esbozando sonrisas burlonas—. Así,

despacio y con calma, que nuestras amigas no se van a ir a ninguna parte.

Aquellos chicos formaban parte de la Tropa de Fabián, como todo el mundo los conocía. Todos ellos, unos quince muchachos, tenían dieciséis años de edad y, al igual que Alicia, cursaban BUP. Algunos de ellos estaban en su misma clase, y el resto repartidos por las otras cuatro aulas. Pronto acabarían sus estudios y los perdería de vista, algo que Alicia anhelaba con todo su ser porque todos se dedicaban a hacerle la vida imposible, además de Rebeca, la pareja sentimental del hermano menor de Fabián que, por desgracia, también compartía aula con ella. Lo que más la tranquilizaba era saber que ninguno de ellos tenía intenciones de cursar el COU, por lo que cuando finalizase aquel año escolar se libraría de aquella tortura.

Cuando los muchachos estaban ya a medio camino entre sus asientos y Fabián, Alicia los miró fijamente a los ojos, y ambos retrocedieron de nuevo hasta sus asientos sin decir una sola palabra, con el rostro blanco e incluso sudando. No hizo falta nada más para acabar con la humillación que ella y Emily estaban a punto de sufrir, simplemente los miró... Ambos sintieron un ligero dolor en el interior de sus cabezas y no quisieron arriesgarse a que aquello fuese a más. Era sabido por todos en Gorate y Torreleones que cuando un Tofone está enfadado y te mira a los ojos, enseguida comprendes que si deseas seguir vivo es mejor que no lo molestes...

Hacerlo normalmente daba como resultado que los cristales de las ventanas saltasen en pedazos, que las cosas ardiesen y que la gente muriese de formas bastante grotescas. Y claro, enfadarla en un espacio tan reducido como el interior de un autobús era una auténtica locura. Allí no tenían escapatoria posible. En clase era otro cantar, había mucha gente, y cada vez que tenían la oportunidad le hacían la vida imposible a la chica. Sabían que no se arriesgaría a hacer nada raro en el instituto.

—¿Qué os pasa? —preguntó Fabián a sus amigos—. ¿Venís, o no? —Negaron con la cabeza, y uno de ellos le hizo ademanes para que mirase a Alicia, y él la miró. Conforme vio la expresión que aquella macilenta chica le dedicaba, el muchacho decidió dejarlas en paz, al menos hasta que llegasen al instituto y estuviese respaldado por el resto de su tropa y por Simón, su segundo al mando—. Bueno, vale, me voy y os dejo con vuestras cosas... que esos dos tontos no quieren hacerme compañía. —Miró con ceño a sus amigos y se levantó—. Ya hablaremos luego en el instituto, Alicia...

El chico volvió junto a sus amigos y Emily y Alicia continuaron hablando de sus cosas y mirando por la ventana. El autobús estaba a punto de internarse en otro de sus lugares favoritos: el *Bosque de los Lamentos*. Aquel inmenso bosque de encinas, almendros, castaños y algarrobos era muy, muy antiguo. Sus árboles formaban un largo y retorcido brazo que conectaba el pueblo de Gorate con la ciudad de Torreleones. En otros tiempos fue conocido como *Bosque de la Oscuridad*, pero terminaron

bautizándolo con ese otro nombre debido a una vieja historia que se contaba en la desaparecida aldea de Alderete.

La historia narraba las penas de una madre viuda que tras fallecer su esposo tuvo que abandonar su casa en la aldea. Al verse sin hogar y sin otra opción posible, la mujer se vio obligada a mudarse con sus tres hijos al Bosque... Pues bien, uno tras otro, cada uno de los niños desapareció, uno por día. La mujer terminó muriendo de pena, lamentando la pérdida de sus queridos niños. Según se decía, antes de caer muerta la pobre infeliz recorrió el bosque una y otra vez, tanto de día como de noche, llorando y gritando el nombre de sus pequeños, lamentándose, maldiciéndose a sí misma por haber tomado la decisión de mudarse allí, condenado a sus retoños a una muerte amarga y cruel. ¿Qué los devoró? Es algo que nunca nadie averiguó.

—Al fin... el Bosque —susurró Emily. Alicia le sonrió.

El autobús pasó bajo un arco formado involuntariamente por dos algarrobos de un tamaño descomunal, y se internó de lleno en aquel oscuro pasillo de altas encinas.

La parada a la que se dirigían se encontraba a mitad de aquel tramo de carretera terrosa y descuidada, invadida por las gruesas raíces de aquellos inmensos árboles. Conforme recogiese a los chicos que aguardaban en la parada, recorrería otro pequeño trecho de camino terroso y volvería a la calzada. En aquella parada, medio devorada por un castaño descomunal, cinco personas aguardaban la llegada del autobús: una chica de catorce

años y sus cuatro hermanos pequeños, de seis, siete, ocho y nueve años. Se los conocía como los *Foneto*, era uno de sus dos apellidos, el materno, y también formaban parte del club de familias apestadas tanto en Gorate como en Torreleones a pesar de que vivían en el Bosque, en una pequeña casita de madera que su madre heredó de la suya.

Muchos de los chicos a bordo del autobús estaban intranquilos, nerviosos, asustados. Por culpa de las oscuras historias que se contaban tanto en Gorate como en Torreleones, el Bosque tenía muy mala fama. Según se decía, de día era un lugar normal y corriente, incluso agradable para dar un paseo. Pero por la noche era mejor no poner un solo pie allí, porque se convertía en otra cosa: los troncos de los árboles se volvían negros y se retorcían, adoptando formas imposibles y amenazantes, sus hojas se volvían negruzcas o grisáceas. Una espesa bruma invadía todo el lugar, impidiendo que vieras el camino que debías seguir, e incluso dificultándote el respirar.

Existían historias que databan de los tiempos de *Alderete*, que contaban que entre aquellos negros troncos se abrían “puertas” que conectaban el Bosque con otros mundos. A Emily le encantaban aquellas historias, en su ignorancia creía que solo eran viejos cuentos para asustar a los niños. A Alicia también le gustaban, aunque ella era plenamente consciente de que eran reales y no un mero entretenimiento.

—Mira... el Árbol Cueva —dijo Emily—. Me encanta...

—Nunca te cansas de ver ese árbol ¿eh? —respondió Alicia dedicándole una sonrisa a su pequeña amiga.

—Es que realmente parece una cueva. Es un fastidio que mamá y papá no me dejen venir al bosque, me encantaría verlo de cerca.

—Un día te ayudaré a convencerlos de que te dejen venir. —Emily aferró el brazo izquierdo de su amiga al tiempo que le sonreía, emocionada—. Pero no te hagas ilusiones, es un simple árbol que involuntariamente forma una pequeña cueva... —Era mentira, una muy grande. El mencionado Árbol Cueva realmente era una de aquellas puertas que conectaban con otros mundos, concretamente con uno conocido como *Cada Osunleos Menfeyeg*, o *El Otro Mundo* en nuestra lengua. Era un lugar oscuro y misterioso donde habitaban seres de lo más extraño... entre otras cosas.

El autobús llegó al fin a la parada del Bosque, y los Foneto subieron a bordo. Conforme entraron, se dirigieron a la parte de atrás, y se sentaron cerca de Alicia y Emily. Ambas los saludaron, pero solo los niños respondieron, la chica simplemente los miró con frialdad y desvió la vista hacia la ventanilla. El tono de piel de los cinco hermanos era bastante claro, no llegaba a ser pálido leche como el de Alicia, pero tampoco estaba demasiado. El cabello de todos ellos era negro, los chicos lo llevaban corto y la chica en una media melena, pero era igual de negro y brillante que el de los Tofone. Se decía que los Foneto descendían directamente de los Tofone, al igual que

se decía también que los Malsete descendían de los Telmasé, pero para Emily todo aquello eran simples cuentos de viejos, habladurías sin sentido de gente aburrida; Alicia conocía la verdad, pero prefería mantener a su amiguita en la felicidad de la ignorancia, al menos hasta que creciese un poco más.

—Jo... ya queda menos para llegar al cole —dijo Emily con cierta pena—. Odio el cole.

—Pues vas a echarlo mucho de menos cuando te llegue la hora de entrar en el instituto —dijo Alicia—. Lo pasé mal en el colegio, pero nunca tan mal como en el maldito instituto...

—¿Cómo era el colegio del pueblo? Nunca hemos entrado, siempre nos quedamos en el patio, y es algo que me encantaría; parece una iglesia.

—De hecho, en su momento fue un convento y un orfanato, pero un día fue devorado por un incendio y el ayuntamiento del pueblo lo restauró, pero con la condición de que cumpliera las funciones de colegio. La verdad, es que tanto por dentro como por fuera sigue siendo el convento que una vez fue... —dijo con cierta melancolía, recordando con pena a las señoritas Clara y Leonor, las únicas profesoras que la trataron bien durante el tiempo que estudió allí. Estuvo en aquel colegio hasta 1983, el año en que, según el hermano de Emily, los niños del pueblo desaparecieron—. Un día haremos una pequeña excursión para verlo por dentro.

—¡Sí, porfa! —gritó Emily, emocionada, y el resto de chicos en el bus, menos los cinco hermanos Foneto, rieron

mirándola de reojo—. Me encantaría ver el colegio en el que estudió mi hermanito antes de... —Repentinamente guardó silencio, se le había hecho un nudo en la garganta; los ojos se le enrojecieron. A veces, cuando hablaba sobre su hermano la tristeza la embargaba. Alicia le dedicó una cálida sonrisa y le acarició la cabecita. Ella conocía la verdad sobre lo ocurrido en 1983. Por aquel entonces mantenía cierta amistad con Andrés, ella estaba en segundo y Andrés en primero, y sus aulas estaban en el mismo pasillo, por lo que a veces jugaban juntos en el recreo. El hermano de Emily y Ángel, el mejor amigo de Andrés, eran los únicos niños que se atrevían a acercarse a Alicia. Pero prefería mantener todo aquello en secreto para que su amiga no sufriese—. Lo siento, Alicia, a veces me pongo triste sin venir a cuento... —Alicia negó con la cabeza, restándole importancia a aquello.

La pequeña Emily hubiera querido hacerle algunas preguntas más a su amiga sobre el colegio, sobre todo la pregunta de: ¿por qué dejó de usarse? Pero en ese mismo instante el autobús pasó bajo otro arco formado por inmensos árboles y abandonó el *Bosque de los Lamentos*, y ella decidió guardar silencio. Allí se acababa el camino de tierra y comenzaba de nuevo la calzada. Era el último tramo del camino antes de llegar a la ciudad de Torreleones, conocida por muchos como la Ciudad de los Infortunios... ¿Por qué? Por muchas razones. Aunque especialmente por culpa de un pozo.

¿Un pozo? Sí. Un pozo. Uno muy viejo que supuestamente aparecía una zona del Bosque que colindaba con las afueras de la ciudad. Decenas de historias que hablaban sobre aquel pozo habían corrido de boca en boca por toda Torreleones desde inicios el siglo diecinueve. Se decía que era mágico, que concedía deseos a todo aquel que arrojase en su interior un objeto con gran valor sentimental para la persona. El problema es que aquellos que se decidían a usarlo normalmente desaparecían sin dejar rastro... Así que todo aquello era tomado por una simple leyenda urbana.

Decenas de pajarillos saltaban de rama en rama, cazando pequeños insectos, piando y buscando ramitas para fabricar sus nidos. Algunas ardillas correteaban al pie de los árboles, buscando nueces y bellotas. Emily observaba aquello cada día, y cada vez entendía menos por qué a nadie le gustaba aquel bosque. Visto por sus inocentes ojos, no era más que un simple bosque poblado por enormes y antiguos árboles, un lugar precioso y muy relajante. Era una verdadera lástima que sus padres no la dejaran ir, ni siquiera en compañía de Alicia.

Visto por los ojos de Alicia, aquel bosque era lo que era: la puerta a otros mundos, el hogar de criaturas oscuras y tenebrosas, cosas que para alguien de su condición eran de lo más cotidiano. Fue en aquel bosque donde sus dones especiales se despertaron, concretamente a la tierna edad de cinco años, cuando paseaba con sus padres.

—Ahora sí que falta poco para llegar —dijo Emily—. No quiero llegar... —Alicia le sonrió y la cogió de la mano.

—Se fuerte, mi querida Emily. Tú eres superior a ellos en todo; eres más inteligente, más guapa, y cuando despierte tu po... —Repentinamente guardó silencio.

—Cuándo despierte mí... ¿qué? ¿Qué es eso que tiene que despertáreme? —preguntó la niña, intrigada.

—Nada, nada... es algo que averiguarás cuando llegue el momento, mi pequeña amiga. —Alicia fijó la mirada en el paisaje, que pasaba velozmente junto a la ventanilla del autobús: campos poblados por olivos, terrenos de cultivo y pequeñas granjas.

Emily supo enseguida que no debía seguir preguntándole a su amiga sobre aquello que no deseaba contarle, porque se arriesgaba a enfadarla, y no quería que los cristales del autobús se rompiesen.

—«*Siempre tan hermética... jo*» —pensó mirándola fijamente, y desvió la mirada hacia el paisaje que se veía por la ventanilla.